



**Luis Coloma**

## **Periquillo Sin Miedo** (Cuento popular)

A Carlitos X\*\*, ilustre general y revoltoso chicuelo

- I -

Una noche en que habías enredado más de lo ordinario, te cogí por la manita sin decir palabra, y te llevé al famoso torreón moruno, terror de los revolucionarios del Colegio. Por el camino me dijiste que habías pensado ser un general muy valiente, y que, por lo tanto, a nada temías.

La noche estaba más negra que suelen estarlo tus dedos al levantarte de escribir la plana, y no pudiste notar por eso la risa que tus futuros proyectos me causaron. Vínoseme al punto a la memoria cierto enanito que [54] allá en los tiempos de mi niñez enseñaban por calles y plazas con el marcial apodo de El general mil hombres, y encontré gran semejanza entre tu diminuta persona y la de aquel émulo de Tom Pouce, que se exhibía por dos cuartos.

No se intimidó, sin embargo, mi sotana negra ante tus futuros entorchados, y viose aquella noche el espectáculo extraño y único en la historia, de un pobre jesuita arresando a un general ilustre, en la lúgubre torre del Moro negro, que hace de los niños malos chuletas a la Papillote.

No sé si en la media hora que allí estuviste encerrado, te obsequiaría el Moro con algún plato de Alcuzcuz, o alguna pipa de legítimo hachisch. Yo, por mi parte, me volví al salón de estudio, diciendo para mis adentros:

-¿Y por qué este niño no ha de ser con el tiempo un general valiente?... Corazón tiene que le dé alientos: sangre ilustre que le preste brillo... ¿Por qué no ha de empuñar algún día una espada que realce la gloria de sus abuelos, con nueva gloria por él adquirida?... ¿Acaso Alejandro el Macedonio, no era a la edad de este niño, como él lo es ahora, un [55] pobre chicuelo? ¿Acaso Nelson no enredó en la escuela, antes de pronunciar el heroico Vitory or Westminster abbey (6), que se ha grabado después en mármoles y bronces? ¿Por ventura Méndez Núñez no hizo alguna vez novillos, antes de dar en el Callao la noble respuesta que conserva en sus anales la marina española: Más quiero honra sin barcos, que barcos sin honra?...

Convencido quedé de que serás, si quieres, un general valiente, y espero ver algún día ceñida a tu lado izquierdo, sobre una faja roja, una de aquellas hojas toledanas, que llevan por lema: No la saques sin razón, ni la envaines sin honor... Empúñala entonces para gloria de Dios y de aquella Virgen bendita, a quien yo te he enseñado a llamar Madre. Empúñala en defensa del Rey, con la misma buena fe con que tus labios de niño le encomiendan hoy a la clemencia divina. Pero jamás la vuelvas en contra de Dios aunque la impiedad te tienta y la ambición te empuje: jamás la vuelvas en contra del Rey aunque la injusticia te persiga y te venza... Arrójala más bien a sus pies rota, pero [56] limpia, y recuerda entonces lo que dijo siglos hace, el mejor tipo del buen caballero:

...venganza

de vasallo  
contra el Rey, traición semeja,  
y el sufrir los tuertos suyos,  
es señal de sangre buena.

Sé, pues, si lo quieres, un general famoso; pero no saques de la faja y los entorchados, la ilógica consecuencia de que nunca has de ver la cara al miedo. Hay un miedo muy saludable que todo hombre ha de buscar para gran provecho suyo, y quiero yo ponértelo de relieve, contándote un cuento que hoy te hará reír... ¡Quiera Dios que mañana te haga pensar! [57]

- II -

Las campanas de la parroquia repicaban la fiesta del Carmen, a impulsos del más travieso monaguillo que han registrado los fastos de sacristías y campanarios.

-¡Periquillo! -gritó de repente el señor cura al pie de la escalera de la torre.

-¿Mande V.? -contestó Periquillo sin dejar tranquilas las campanas.

-Baja corriendo.

A poco apareció Periquillo embutido en su sotana colorada.

-Llégate en casa del alcalde, y dile que [58] mañana empieza la novena -le dijo el señor cura.

Periquillo dio media vuelta a la derecha sin decir palabra, y salió canturreando entre dientes su tonada favorita:

A vivir, a

vivir...  
¿quién en el mundo  
me hará a mi huir?

Y como si quisiese probar su aserto con la provocación, descargó al mismo tiempo un soberbio puñetazo en la montera de un gallego que, apoyado en su cuba de aguador, dormía a la puerta de la iglesia.

-¡Filho do demo! -gritó el gallego despertando despavorido.

Pero Periquillo se había colocado ya al abrigo de una esquina, y con la sotana remangada y puesta por la cabeza, le sacaba la lengua cantando a grito pelado:

Los

jallegos de J Galicia  
cuando van a confesare,  
llevan la barrija llena  
de mendruguiñus de pane.

El cura dio una vuelta por la iglesia, que preparaban para la novena, y una hora después entraba en la sacristía a recoger el sombrero [59] de teja y el manto, para ir a la tertulia del boticario.

-¡Ah tunante! -exclamó al ver que ya de vuelta Periquillo, metía sus indiscretas narices en el tarro de conservas, que encerrado en una alacena, guardaba el señor cura para obsequiar a sus tertulianos. Y acercándose de puntillas, añadió dando al goloso un tremendo pescozón:

-Dominus tecum!

-Et cum spiritu tuo! -replicó con desparpajo el delincuente.

-¿Has comido, desgraciado? -le dijo el cura, fingiendo el mayor sobresalto.

-No, señor, que no me dio V. tiempo -replicó Periquillo, cuyas narices chorreaban almíbar, gracias al pescozón recibido, que se las hizo meter dentro del tarro.

-¡Algún santo rogaba por ti en el cielo, criatura! -añadió el párroco.

Periquillo sacó la lengua para recoger la gota de almíbar que amenazaba caer de sus narices, y al ver al cura tan azorado, se echó a reír descaradamente.

-¿Te ríes? -dijo el cura, que en vano quería asustarle.- ¿No sabes que eso es veneno para los ratones?... [60]

-Pero no para los monaguillos.

-Es que se te caerán las narices -replicó el cura. Ese veneno es un atroz corrosivo.

-¿Corrovido? -dijo Periquillo guiñando un ojo.- Pues si es cosa que mata, será más bien corromuerto...

-¡Calla con dos mil de a caballo, chilindrino!... que ya se me va acabando la paciencia, y el día menos pensado te planto en la calle y te ajusto la cuenta.

-Mejor será que me la ajuste V. primero y me plante en la calle después.

-¿Callarás al fin? -replicó el cura impaciente.- Lávate ahí pronto.

Periquillo zambulló su picaresca cara en una jofaina, escamondándose

la nariz con tanta fuerza, que la sacó o poco colorada como un pimiento.

-No estaría yo feo chato -dijo secándose con la manga de la sobrepelliz.

-¿Pero tú no tienes miedo a la muerte, muchacho? -exclamó el cura, a quien sacaba de quicio la calma de Periquillo.

-¿Miedo yo?... ¡Ojalá y lo encontrara!

-Ya lo encontrarás sin que lo busques.

-No esperaré a que venga, sino que iré yo a buscarlo. [61]

-¿Qué dices?...

-Que en cuanto le coja las vueltas a mi madre, me marchó por esos mundos de Dios en busca del miedo.

-Tú estás loco, Periquillo -dijo el cura volviéndole la espalda.

-El que tenga ojos verá si estoy cuerdo -replicó el muchacho. Y echando a correr a pie cojito, se sentó a la puerta de la iglesia, cantando al mismo tiempo que con una piedra partía piñones:

Ayer tarde

fui a la huerta  
de mi tío Antón,  
cogí un pepinillo,  
me dio un pescozón.  
Por más que corría,  
mi tío volaba.  
¡Ay, ay, con mi tío!  
¡Qué palos me daba!

Y el travieso Periquillo se rascaba con una risita rabiosa, el sitio saludado por el señor cura.

Nada pudo, en efecto, apartar a Periquillo de su extraña determinación, de marcharse por esos mundos de Dios en busca del miedo: ni las lágrimas de su madre, ni los consejos y pescozones del señor cura, que por ser su [62] padrino le tenía especial cariño, pudieron disuadirle de su propósito.

Ciñose un día un sable de caña sobre su sotana colorada, púsose en la cabeza un bonete del señor cura, a que había recortado los picos para imitar mejor un birrete, y con este gentil atavío se presentó a su madre, pidiéndole la bendición antes de ponerse en camino. Lloraba ésta y le suplicaba en vano que no la abandonase sola y desvalida, para poner en práctica un proyecto que en todas partes le acreditaría de loco o de necio.

-Sí -replicaba el muchacho a sus razones- tontillo es el hijo de mi padre. Métanme el dedo en la boca y tíentenme las cordales, y verán si me ha despabilado Dios las luces del entendimiento.

Llorosa entonces la madre, fuese a un arcón viejo que bajo de la cama había, y sacó de él unas alforjas.

-Toma, hijo, estas alforjas -dijo entregándolas al chico.- Aquí están encerrados todos los vicios: los ajenos van en esta bolsa; los tuyos los he puesto en esta otra, para que puedas fácilmente examinarlos y corregirte de ellos.

Periquillo se echó las alforjas al hombro, [63] dejando para detrás

los vicios propios y poniendo por delante los ajenos, y salió de la casa paterna cantando como una calandria:

En una

alforja al hombro  
llevo los vicios;  
los ajenos delante,  
detrás los míos.  
Esto hacen todos;  
así ven los ajenos,  
mas no los propios.

Pues sin cuidarse para nada de éstos, pensó desde luego entretener la fatiga del camino, examinando cuáles y de quién eran los que en la bolsa de delante se encontraban.

Acercábase entonces el tiempo de Pascua, y a la caída de la tarde encontró Periquillo en el camino a un pavero, que con su caña en la mano, llevaba por delante una piara de pavos que pensaba vender el día de Nochebuena en un lugarejo vecino.

-¿Si vendrá el miedo entre estos animalitos? -pensó Periquillo.

Y por hacer sin duda la experiencia, desenvainó su sable de caña, y se entró por la piara, acuchillándola con más denuedo que alanceaba D. Quijote el célebre rebaño de ovejas. Pero aunque sacó en la lucha un cañazo del pavero, que le hizo entrar el bonete [64] hasta las orejas, y un valiente pavo le asestó tal picotazo en la nariz, que a poco más le salta un ojo, su ánimo quedó impávido, y vio con la sonrisa del triunfo cómo los enemigos huían a lo lejos, seguidos del pavero que corría tras ellos, intentando en vano ponerlos en formación. Periquillo adornó su bonete con las plumas que en la lucha quedaron diseminadas en el suelo, y se dirigió hacia una ventana vecina donde pensaba pasar la noche.

Al otro día muy de mañana emprendió de nuevo su camino, preguntando antes a la ventera, si sabía dónde se encontraba el miedo. Ésta miró sorprendida al diminuto personaje que tan extraña pregunta le hacía, y le respondió con sorna:

-Corre hacia adelante, que ya lo encontrarás.

-¿Y en qué he de conocerlo? -replicó Periquillo.

-En que entonces correrás hacia atrás.

Periquillo siguió su camino, repitiendo para no olvidarlas, las señas que le dio la ventera. De repente tropezó, al volver un vallado, con un hombre que azorado corría.

-¿Qué sucede, buen amigo? -preguntó marcialmente el monaguillo. [65]

-¡Huye, muchacho! -contestó el hombre sin cesar de correr.- ¡Mira que anda en el camino un toro desbandado, con más cuernos que los cuernos de la luna!...

-¡Esta es la mía! -exclamó Periquillo alborozado, y recordando el aviso de la ventera, corrió hacia adelante en busca del miedo.

Presentose a poco a su vista un toro negro, de feroz aspecto, que ligero como un rayo y dando atroces resoplidos, hacia él se dirigía.

Periquillo se plantó en mitad del camino, con la sotana en una mano y la espada de caña en la otra, dispuesto a derribar a la fiera de un diestro mete y saca. Pero el toro, que corría ciego de rabia por haberle

picado la cuca, pasó junto a él sin mirarle, y el valiente monaguillo giró sobre los talones para verle ir, como el matador que, después del primer pase, queda a pie parado, sin que el susto le haga temblar, ni el miedo le perturbe.

-No está aquí el miedo -se dijo Periquillo, prosiguiendo su marcha.

Caminó todo aquel día y parte del siguiente sin que nada notable le acaeciera, y vino a sentarse al caer de la tarde, al pie de una [66] copuda higuera que a la puerta de un cercado tendía sus ramas. Vio entonces a lo lejos levantarse una espesa polvareda que rápidamente se acercaba. Periquillo se puso de pie, desenvainando, por si el caso lo exigía, su sable de caña. Poco a poco fuese aclarando aquella nube de polvo, y pudo al fin distinguir a una partida de ladrones, que según noticias que la noche antes le dieron unos cabreros, asolaban la comarca.

Plantose Periquillo en mitad del camino, y no bien llegaron al alcance de la voz, gritoles con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Alto los ganapanes!

Pero los ladrones, que montaban magníficos caballos y huían a galope porque la guardia civil los perseguía, pasaron junto a él sin mirarle siquiera, y sin que el buscado miedo se posesionase, por lo tanto, de su ánimo esforzado.

No por esto se desanimaba el valiente monaguillo, sino que siempre perenne seguía atravesando ciudades, trasponiendo montañas y vadeando ríos, en busca del miedo, que jamás sintió, ni su corazón de bronce alcanzaba a comprender.

Sucedió, pues, que andando, andando y [67] caminando sin cesar, llegó a una tierra extraña, cuyos habitantes mantenían encarnizada guerra con unos moros vecinos. Supo allí por algunos aldeanos los apuros en que se encontraba el ejército, a causa del número nunca disminuido del enemigo; pues no parecía sino que de cada moro muerto nacían dos vivos, para tomar armas y lugar en aquel inagotable ejército.

Y tan era así, que el Rey había mandado a las tropas dirigir siempre sus golpes al cogote, por ver si descabezada la morisma, quedaba al fin agotada. Inútil fue, sin embargo, el remedio: presentábase diariamente el mismo número de enemigos, con la extraña particularidad de que los nuevos combatientes, tenían la misma fisonomía de los que quedaban muertos en el campo de batalla.

Hallábase acampado el ejército en la falda de un cerro, a cuyo frente se extendía un espesísimo pinar donde se ocultaba la morisma. Periquillo, que no se andaba por las ramas, se presentó a su real Majestad, ofreciéndole los servicios de su sable de caña. Riose el monarca al ver aquel diminuto personaje, y diciéndole como el camello a la pulga de la [68] fábula: Gracias, señor elefante, le nombró ranchero mayor de todos sus ejércitos.

Alborozado Periquillo, tomó al punto posesión de su cargo, y empuñando una descomunal cuchara, cantaba vigilando los inmensos calderos en que cocía el rancho de los soldados:

El ranchero

que muere en campaña  
muere lleno de gloria y honor,  
defendiendo las ollas de España,

las patatas, garbanzos y arroz.

Bien pronto se le presentó al valiente monaguillo el placer de entrar en batalla, en busca del apetecido miedo. Mandó el Rey darle un equipo entero de cazador; pero Periquillo dijo como David al rey Saúl, que aquellas armas le venían grandes, y se aprestó para la lid llevando por todo armamento, una pequeña cachiporra y un cuchillo de cocina, que se ceñía en vez de sable de caña sobre las alforjas de los vicios, que por ser cosa tan maravillosa al mismo tiempo que recuerdo de su madre, jamás abandonaba.

Sonaron los primeros disparos, y Periquillo, ebrio de coraje, se entró por la morisma, sin que fuesen bastante a detenerle las balas de las espingardas morunas, ni el tronar de [69] los cañones, ni el espantoso fragor del combate; distribuía a diestro y siniestro terribles porrazos en los tobillos de los moros, y hacía caer en tierra: dábales luego con la porra en la mollera, y les cortaba después el pescuezo con el cuchillo de cocina, por cumplir en todo la consigna del monarca.

Quedaron derrotados los moros y sembrado el campo de cadáveres sin cabeza. Las tropas volvieron, sin embargo, silenciosas al real, como quien sabe haber trabajado en balde: constábase ya por experiencia que en la primera escaramuza habían de encontrar tantos enemigos, cuantos quedaban descabezados en el campo.

Periquillo, por el contrario, saltaba de gozo, y estuvo por dar un papirotazo al Rey, para darle la enhorabuena; pero se detuvo prudentemente, al ver que su real Majestad se dirigía serio y cabizbajo a su tienda. Abrióse, no obstante, paso entre el estado mayor que le seguía, y le gritó con desenfado:

-¡No se desanime su real Majestad, que aquí estoy yo para sacarle la púa a ese trompo!... ¡Malas viruelas me maten; si no hay aquí cosa de encantamiento!...

El Rey no respondió palabra a Periquillo, [70] y saliendo éste del real calladamente, volvió de nuevo al teatro de la lucha. Subióse a un árbol desde donde distinguía todo el campo cubierto de cadáveres, y se dispuso a observar desde su altura aquel lúgubre misterio, en cuya solución esperaba encontrar el tan buscado miedo.

Hallábase tendido boca arriba al pie del árbol un morazo muerto, que por ciertas insignias que llevaba, parecía ser pájaro de cuenta. Periquillo se entretuvo, para distraer el ocio, en echar escupitinas en la punta de la nariz del moro, calculando desde el árbol la puntería.

Llegó al fin la noche, y Periquillo, siempre alerta, preparó cuchillo y cachiporra, por si llegaba también entre sus sombras el miedo que buscaba. De repente vio venir a lo lejos una lucecita brillante como una estrella caída del cielo, que ora se alzaba, ora se bajaba, y en todas direcciones se movía.

Poco a poco fuese acercando aquella luz misteriosa, y pudo al fin Periquillo distinguir el bulto de una persona que a cada paso se inclinaba para buscar algo en el suelo, a la luz de una linterna que en la mano traía. Vio también al mismo tiempo que al pasar [71] aquella fantástica sombra, dejaba tras de sí una larga hilera de muertos resucitados, que se volvían a su campamento tan sanos y enteros, como si nunca hubiesen sido

descabezados.

-¡Jesús, María, José... Joaquín y Ana! -murmuró Periquillo desde su escondite.- ¡Tortas y pan pintado es junto a esto el milagro de San Dionisio!

Mientras tanto, seguía moviendo el nocturno caminante hacia el árbol en que Periquillo se hallaba, y pudo al fin éste distinguir la diabólica fisonomía de una mora vieja, envuelta en un jaique oscuro con rayas de vivísimos colores, que caminaba llevando en una mano un farol y en la otra un puchero.

Detenía de cuándo en cuándo ante cada moro muerto que encontraba; mojaba entonces una brocha en cierto líquido que el puchero contenía, y untando con él la cabeza y cuello del difunto, los pegaba y proseguía su marcha, mientras el moro se ponía de pie tan entero y verdadero, como si nunca hubiese estado sin cabeza.

Periquillo, al ver a la hechicera, se frotó las manos de gusto: preparó el cuchillo y enderezó la porra. [72]

Inclinose la vieja sobre el cadáver del moro con que Periquillo se entretenía, y mojando la brocha en el puchero, diole la unción consabida. Pero cuando ya se preparaba para unir al tronco la cabeza, descargó Periquillo en la suya un tremendo porrazo, que vino al suelo boca abajo, estiró una pierna, luego otra, y sin encomendarse siquiera a Mahoma, quedó muerta en el acto. Periquillo se puso en el suelo de un salto, y arrancando el puchero de manos del cadáver, corrió al campamento atronando el aire con sus gritos.

Alarmáronse todos creyendo que el enemigo les atacaba por sorpresa, y corrieron los generales a la tienda del monarca, cuál descalzo, cuál sin morrión, cuál en mangas de camisa.

Conducido al fin Periquillo a la presencia de su Majestad, contó todo lo acaecido, presentando el puchero como testimonio de su hazaña. Pero ni el Rey, ni los generales, ni siquiera los trompetas, tambores y rancheros, quisieron creer tamaño portentoso. Furioso entonces Periquillo, dijo al Rey que se dejaría cortar la cabeza, con tal que luego se la pegasen con el maravilloso bálsamo.

Consintió el Rey más por castigar la arrogancia [73] del muchacho que por creer en el milagro del puchero, y uno de los generales le descargó tan recia cuchillada en el cuello, que saltó la cabeza sobre una mesa, y el cuerpo vino a tierra arrojando sangre a borbotones.

Azorados todos se avanzan al cuerpo unos, a la cabeza otros, al puchero los menos: untan con el bálsamo la tremenda herida, y uniendo ambas partes apresuradamente, recobra al punto el muchacho la vida. Pero en aquella precipitación habían pegado la cabeza al contrario, y el pobre monaguillo quedó con las narices para la espalda y la nuca para el pecho.

La risa que asomaba a los labios de todos quedó de repente paralizada, al ver la extraña mutación que se operó en el muchacho. Fijose su vista en las alforjas en que llevaba los vicios, y al ver ante sí el morral que contenía los suyos y que nunca hasta entonces había tenido ocasión de considerar, el terror imprimió en su rostro su característico sello: desencajéronse sus ojos, enronqueciose su voz, y huyendo de un lado a otro, gritaba a grandes voces:

-¡El miedo!... ¡El miedo!... ¡Ya encontré el miedo!... [74]



Y así era en efecto: la contemplación de sus propios vicios que hasta entonces había evitado, bastó para inspirarle aquel miedo que buscaba y que ninguna cosa del mundo, ni aun el horror de un combate sangriento, había podido despertar en su alma de hierro.

.....  
.....  
.....

-Aprenda, pues, mi futuro general, a combatir a los enemigos de dentro antes que a los de fuera. Mira, Carlitos, que si registras bien las alforjas de tu corazón, encontrarás ese miedo saludable que lleva a la humildad, por el camino del propio conocimiento: ¡El miedo de sí mismo!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

